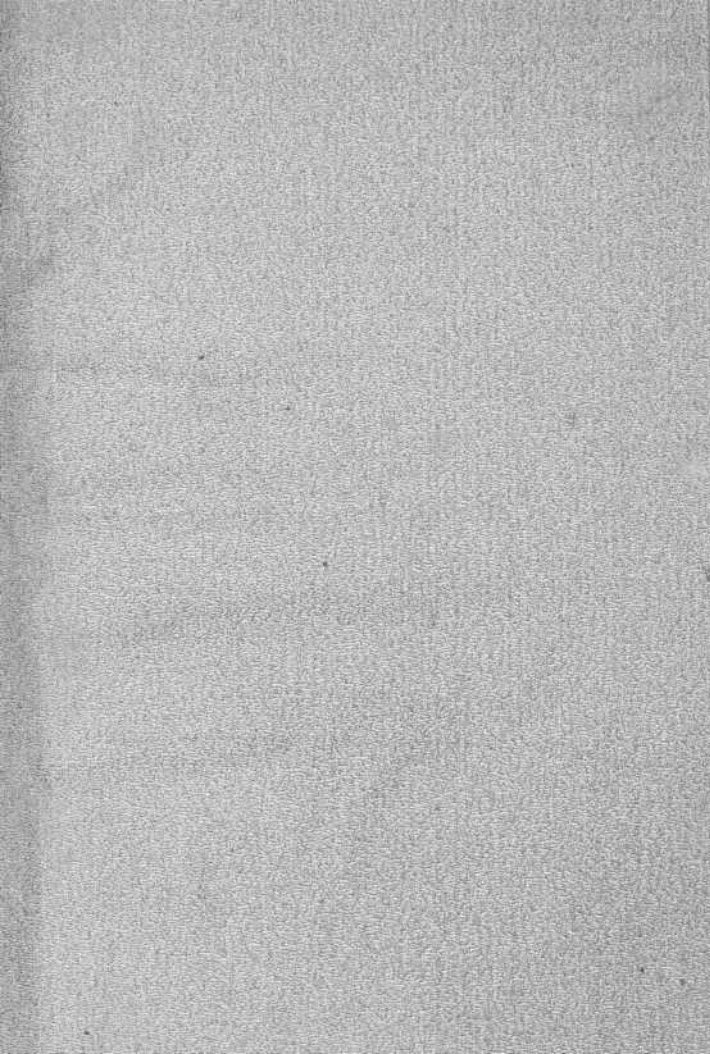
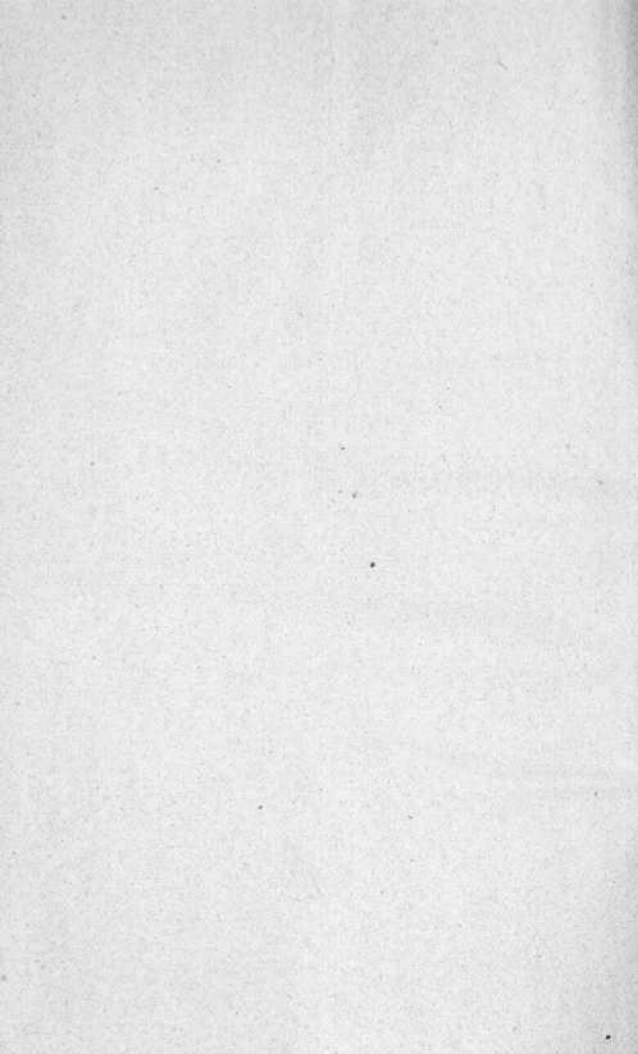


74.









VIDA
DE
SANTA TERESA



ÁVILA
TIPOGRAFÍA DE CAYETANO GONZÁLEZ
1898



AL QUE LEYERE

EXTRAÑA parecerá la idea de dar á luz una nueva vida de Santa Teresa, cuando existen las publicadas por Rivera, Yepes, Fr. Bonifacio Moral, Fr. Gregorio de Santa Salomé, etc. etc., cuyas valientes y expertas plumas han descrito con maestría hasta las más diminutas flores del bellísimo y variado vergel de las virtudes de la gran Santa; pero no lo es si se considera que todavía no se ha hecho ninguna tirada de un breve compendio de la misma que sea á la vez deleitosa y económica apta para la propaganda católica y accesible á todas las fortunas.

Muchos eran los devotos teresianos que preguntaban por una vida de la Santa en las condiciones indicadas.

Satisfacer este justo deseo, extender la devoción de Santa Teresa, popularizar sus principales hechos amenizando su lectura con profusión de grabados ha motivado la presente edición.

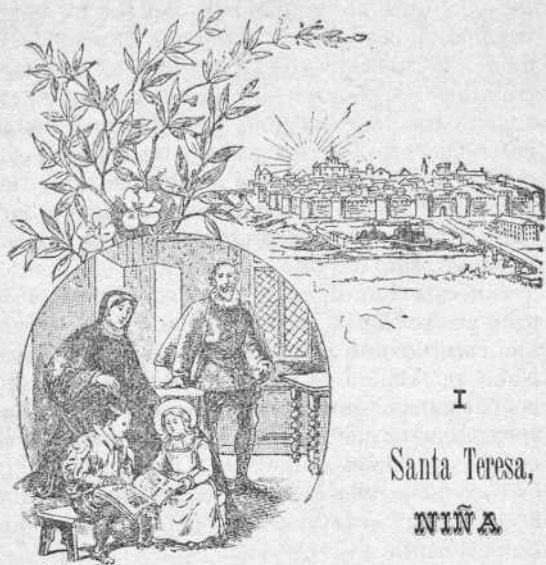
Hecha esta advertencia, entra sin temor en este delicioso prado teresiano, de cuyo sustancioso pasto desea la Iglesia se nutran las almas; pues ella será casi siempre la que hable, para que esta breve reseña resulte de más valor y suavidad.

VALE

Fr. B. de la Sagrada Familia,

C. D.

VIDA DE SANTA TERESA



I

Santa Teresa,

NIÑA

EL tener padres virtuosos me bastára, si yo no fuera tan ruín, con lo que el Señor me favoreció para ser buena. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos y aun con los criados. Muy honesto en gran manera. Era de gran verdad; jamás nadie le oyó jurar

⌚ Vista de Avila.—Tenía un hermano á quien yo más quería.

ni murmurar. Mi madre también tenía muchas virtudes y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad, con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión á que ella hacía caso della; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasó el tiempo que vivió: murió muy cristianamente. Eramos tres hermanas y nueve hermanos, todos parecieron á sus padres en ser virtuosos, sino fuí yo.»

Con esta humildad y modestia empieza la gran madre Santa Teresa la relación de su vida que escribió por mandado de sus confesores. Nació en Avila á 28 de Marzo de 1515 cuando las campanas anunciaban el *Angelus* de la aurora. Aunque ella con su profunda humildad se considera la más ruin de su familia, nadie la cree en esto, pues fué todo lo contrario, la que le dió lustre verdadero. Mas dejemos que continúe la Santa:

«Tenía uno (hermano) casi de mi edad, que era el que yo más quería, aunque á todos tenía gran amor y ellos á mí: juntábamosenos entrambos á leer vidas de Santos: como veía los martirios que por Dios los Santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir á gozar de Dios; y deseaba yo mucho morir ansí.»

Este hermano preferido se llamaba Rodrigo y tenía once años y su hermana siete. Una mañana muy temprano salieron furtivamente los

dos hermanos de su casa, dirigiéndose á tierra de moros, llevando consigo un poco de pan para el camino. Ya habían atravesado el puente del Adaja, y alejándose de la ciudad como un cuarto de hora, cuando se encontraron con un tío suyo que venía de paseo y los llevó á casa de sus padres que estaban alarmados. La madre les preguntó, por qué habían huido y el niño respondió: «La niña me ha engañado;» y la pequeña respondió á su vez: «He salido porque quiero morir para ver á Dios. Ibamos á tierra de moros, para que nos descabezaran...; decía muchas veces á mi hermano... Rodrigo, ¡piénsalo bien! ¡los mártires ven á Dios *para siempre, siempre, siempre!*... es necesario, pues, que seamos mártires.»

¡Oh mujer intrépida y varonil, que á los siete años corres á la muerte y animas á los otros á conseguir la palma del martirio!

Continúa la Santa: «De que ví que era imposible ir á donde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa, procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas piedrecillas que luego se nos caían.» De este modo tuvo que renunciar á la vida eremítica y al martirio. Dios se contentó con sus buenos deseos. Mas tarde la veremos ponerlos en práctica á su modo. Comprendió que su deber por entonces era darse á la práctica de las virtudes propias de su edad bajo la dirección de sus piadosos padres.

«Hacía limosna como podía y podía poco.

Procuraba soledad para rezar mis devociones que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota y así nos hacía serlo.» Era muy devota de las imágenes, y solía decir que «cuando se ama á Nuestro Señor se goza de ver su imagen.» En su cuarto tenía un cuadro que representaba á la Samaritana junto al pozo de Jacob dirigiendo estas palabras al Salvador: «Dame, Señor, esta agua,» y antes de acostarse la niña hacía la misma petición, sintiéndose abrasada de la sed de amar á Dios. «Gustaba mucho, prosigue ella, cuando jugaba con otras niñas hacer monasterios como que éramos monjas, y yo me parece deseaba serlo,



Ibamos á tierra de moros para que nos desca-
bezaran.

aunque no tanto como las cosas que he dicho.» Es decir, le gustaba más dar la vida por Dios y vivir en el desierto.

Tal fué la infancia de Santa Teresa de Jesus, dulce y pura como la aurora de un hermoso día de primavera.

¡Oh gran Santa, amable protectora de los niños, guarda su inocencia!

II

Santa Teresa, adolescente.

ACUÉRDOME que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años poco menos: como yo comencé á entender lo que había perdido, afligida fuíme á una imagen de Nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme, que aunque se hizo con simpleza que me ha valido, porque conocidamente he hallado á esta Virgen Soberana en cuanto me he encomendado á ella, y en fin, me ha tornado á sí.»

Veamos cuales fueron estos extravíos de los que la apartó la Virgen tornándole á sí. Cometi6 sin duda verdaderas faltas de que su conciencia la reprendía con razón; temía ella haberse expuesto al peligro de caer en falta grave, pero es cierto que no llegó nunca á manchar su alma con pecado mortal; la Iglesia asegura que conservó hasta la muerte su inocencia bautismal. Además, lo que ella llama «grandes pecados,» solo duraron tres meses, y con-

sistieron, según nos va á decir ella misma en «lecturas imprudentes, compañías de personas un tanto mundanas y deseo de parecer bien.»

«Fatígame ahora ver y pensar, en qué estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé... *Considero algunas veces cuanto mal lo hacen los padres que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras;* porque con serlo tanto mi madre, de lo bueno no tomé tanto en llegando á uso de razón ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada á libros de caballería, y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo le tomé para mí, porque no perdía su labor, sino desenvolvíamos para leer en ellos, y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía y ocupar sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. De esto le pesaba tanto á mi padre que se había de tener aviso á que no lo viese. Yo comencé á quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella ví, me comenzó á enfriar los deseos y fué causa que comenzase á faltar en lo demás, y parecíame no era malo con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embobaba, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento.»

Estas lecturas exaltaron de tal modo la imaginación de la joven Teresa, que en unión de su hermano Rodrigo empezó á componer una no-

vela de aventuras caballerescas. Mas, después de la muerte de su madre fué cuando este extravío tuvo peores consecuencias.

«Comencé, dice ella, á traer galas y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello y olores y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiese á Dios por mí. Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada y cosas que me parecían á mí no eran ningún pecado muchos años: *Ahora veo cuan malo debía ser.*

Tenía primos hermanos, algunos que en casa de mi padre no tenían otros cabida para entrar, que era muy recatado, y pluguiera á Dios que lo fuera de éstos también, porque ahora veo el peligro que es tratar en la edad que se han de comenzar á criar virtudes con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan para meterse en él. Eran casi de mi edad, poco mayores que yo: andábamos siempre juntos, teníanme gran amor... y oía sucesos de sus aficiones y niñerías, no nada buenas, y lo que peor fué mostrarse el alma á lo que fué causa de todo su mal. *Si yo hubiera de aconsejar dijera á los padres, que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes á lo peor que á lo mejor.*

Ansí me acaeció á mí que tenía una herma-

na de mucha más edad que yo, de cuya honestedad y bondad que tenía mucha, desta no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la había mucho procurado desviar que tratase en casa, y era



tanta la ocasión que había para entrar que no había podido... De tal manera me mudó esta conversación, que de natural y alma virtuosos no me dejó casi

Procurábamos hacer ermitas con unas piedrecillas, que luego se nos caían.

ninguna señal... Por aquí entiendo el *gran provecho que hace la buena compañía, y tengo por cierto que si tratara en aquella edad con personas virtuosas que estuviera entera en la virtud*; porque si en esta edad tuviera quien me enseñara á temer á Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. Después, quitado este temor, quedóme solo el de la honra... Con pensar no se había de saber me atrevía á muchas cosas, bien contra ella y contra Dios... Nunca era inclinada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino á pasatiempos de buena conversación; mas puesta en la ocasión, estaba en la mano el peligro y ponía en él á mi padre y hermanos, de los cuales me libró Dios.»

«No me parece había tres meses que andaba en esas vanidades, cuando me llevaron á un monasterio que había en este lugar, á donde se criaban personas semejantes, aunque no tan ruines en costumbres como yo; y esto con gran disimulación, que sola yo y algún deudo lo supo; porque aguardaron á coyuntura que no pareciese novedad, porque haberse mi hermana casado y quedar sola sin madre, no era bien.»

¡Oh! gran Santa, que lloraste tanto tus faltas leves y de corta duración, ruega por la juventud cristiana expuesta á tantos peligros.

III

Vocación de Santa Teresa.

SANTA Teresa tenía quince años cuando entró como pensionista en las Agustinas de Avila. «Los primeros ocho días sentí mucho y más la sospecha que tuve se había entendido la vanidad mía que no de estar aquí, porque ya yo andaba cansada y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendía y procuraba confesarme con brevedad: traía un desasosiego que en ocho días, y aun creo en menos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia en dar contento á donde quiera que estuviese y así era muy querida; y puesto que yo estaba entonces enemiguísima de ser monja holgábame de ver tan buenas monjas que lo eran mucho las de aquella casa... Aun con todo esto no me dejaba el demonio de tentar y buscar los de fuera como me desasosegar con recaudos. Como no había lugar, presto se acabó, y comenzó mi alma á tornarse á acostumar en el bien de mi primera edad, *y vi la gran merced que hace Dios á quien pone en compañía de buenos.*

Dormía una monja con la que estábamos seculares, que por medio suyo parece quiso el Señor comenzar á darme luz... Pues comenzando á gustar de la buena y santa conversación desta monja, holgábame de oirla cuán bien ha-

blaba de Dios, porque era muy discreta y santa. Esto á mi parecer en ningún tiempo dejé de holgarme de oirlo... Comenzó esta buena compañía á desterrar las costumbres que había hecho la mala y á tornar á poner en mi pensamiento deseos de las cosas eternas y á quitar algo la gran enemistad que tenía con ser

monja, que se me había puesto grandísima... Estuve año y medio en este monasterio harto mejorada: comencé á rezar muchas oraciones vocales y á procurar con todas me encomendasen á Dios que diese el estado en que le había de servir; más todavía deseaba no fuese monja,



Supliqué á la Virgen fuese mi madre con muchas lágrimas.

que este no fué Dios servido de darmele aunque también temía el casarme. A cabo de este tiempo que estuve aquí, ya tenía más amistad de ser monja, aunque no en aquella casa. Estos buenos pensamientos de ser monja me venían algunas veces y luego se quitaban y no podía persuadirme á serlo.

En este tiempo, aunque yo no andaba descuidada de mi remedio, andaba más ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mejor. Dióme una gran enfermedad que hube de tornar á casa de mi padre. En estando buena llevarónme á casa de mi hermana que residía en una aldea para verla, que era extremo el amor que me tenía y á su querer no saliera yo de con ella; y su marido también me amaba mucho, al menos mostrábame todo regalo, que aun esto debo más al Señor, que en todas partes siempre le he tenido y todo se lo servía como la que soy. Estaba en el camino un hermano de mi padre muy avisado y de grandes virtudes, viudo, á quien también andaba el Señor disponiendo para sí, que en su mayor edad dejó todo lo que tenía y fué fraile, y acabó de suerte, que creo goza de Dios: quiso que me estuviese con él unos días. Su ejercicio era buenos libros de romace y su hablar era lo más ordinario de Dios y de la vanidad del mundo. Hacíame le leyese, y aunque no era amiga de ellos, mostraba que sí; porque en esto de dar contento á otros he tenido extremo, aunque á mi me hiciese pesar, tanto que

en otros fuera virtud y en mi ha sido gran falta, porque iba muchas veces muy sin discreción. ¡Oh, váleme Dios, por qué términos me andaba Su Magestad disponiendo para el estado en que se quiso servir de mí, que sin quererlo yo, me forzó á que me hiciese fuerza! Sea bendito por siempre. Amen. Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, aun leídas como oídas, y la buena compañía, vine á ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que era todo nada y la vanidad del mundo, y cómo acababa en breve, y á temer, si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno: y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse á ser monja, *vi era el mejor y más seguro estado* y, así poco á poco me determiné á forzarme para tomarle.

En esta batalla estuve tres meses forzándome á mí mesma con esta razón: que los trabajos y pena de ser monja no podía ser mayor que la del purgatorio y que yo había merecido el infierno: que no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio, y que después me iría derecha al cielo, que este era mi deseo; y en este movimiento de tomar este estado, más me parece me movía un temor servil que amor. Poníame el demonio que no podría sufrir los trabajos de la religión por ser tan regalada. A esto me defendía con los trabajos que pasó Cristo, porque no era mucho yo pasase algunos por El, que El me ayudaría á llevarlos.

Habíanme dado con unas calenturas unos grandes desmayos, que siempre tenía bien poca salud.

Dióme la vida haber quedado ya amiga de buenos libros; leía en las epístolas de San Jerónimo, que me animaban, de suerte que me determiné á decirlo á mis padres, que casi era como tomar el hábito; porque era tan honrosa que me parece no tornara atrás por ninguna manera habiendo dicho una vez. Era tanto lo que me quería, que en ninguna manera lo pude acabar con él, ni bastaron ruegos de personas que procuré le hablasen. Lo que más se pudo acabar con él fué que después de sus días haría lo que quisiese.»

Por una parte el Padre celestial llama á Teresa á seguir las huellas de su divino Hijo, y por otra su padre terrestre la detiene. ¿Qué hará Teresa? Jesús repite á sus oídos las palabras del Evangelio: *El que ama alguna cosa más que á mí no es digno de mí. Si alguno quiere venir en pos de mí debe dejar su padre, su madre, hermanos y haciendas.* La valerosa Teresa nos va á decir cómo el amor de Jesús venció en ella al amor de sus parientes.

IV

Santa Teresa, Carmelita.

EN estos días que andaba con estas determinaciones, había persuadido á un hermano mío (Antonio), á que se metiese fraile,

diciéndole la vanidad del mundo; y concertamos entrambos de irnos un día muy de mañana al monasterio (de Carmelitas), á donde estaba aquella mi amiga, que era á la que yo tenía mucha afición, puesto que ya en esta postrera determinación yo estaba de suerte, que á cualquiera que pensara servir más á Dios, ó mi padre quisiera, fuera; que más miraba ya el remedio de mi alma, que del descanso ningún



caso hacía del. Acuerdáseme á todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de en casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que como no ha-

Ví que el estado religioso era el mejor y más seguro.

bía amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante: *aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra.* En tomando el hábito, luego me dió el Señor á entender, como favorece á los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie entendía de mí, sino grandísima voluntad. A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado que nunca jamás me faltó hasta hoy; y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura. Dábanme deleite todas las cosas de la religión, y es verdad, que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solía ocupar en mi regalo y gala: y acordándoseme que estaba libre de aquello me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba y no podía entender por donde venía. Cuando de esto me acuerdo, no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla. Porque ya tengo experiencia en muchas, que si me ayudo al principio á deteminarme aun en esta vida, lo paga Su Magestad por unas vías, que solo quien goza de ello lo entiende. Esto tengo por experiencia, como he dicho en muchas cosas harto graves: y ansí jamás aconsejaría, si fuera persona que hubiera de dar parecer, *que cuando una buena inspiración acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra; que si va desnudamente por solo Dios, no hay que temer sucederá mal,*

que poderoso es para todo.....

«En el año del noviciado pasé grandes desasosiegos con cosas que en sí tenían poco tomo, más culpábanme sin tener culpa hartas veces, yo lo llevaba con harta pena é imperfección, aunque con el gran contento que tenía de ser monja, todo lo pasaba. Como me veían procurar soledad y me veían llorar por mis pecados algunas veces, pensaban era descontento y así lo decían. Era aficionada á todas las cosas de



religión, más no á sufrir ninguna que pareciese menosprecio.

Nuestro Señor me dió ánimo contra mí y lo puse por obra.

Holgábame de ser estimada: era curiosa en cuanto hacía: todo me parecía virtud aunque, esto no me será disculpa... Éstaba una monja entonces enferma de grandísima enfermedad y muy penosa, porque eran unas bocas en vientre que se le habían hecho de opilaciones, por donde echaba lo que comía; murió presto de ello. Yo veía á todas temer aquel mal: á mi hacíame gran envidia su paciencia. Pedía á Dios que dándomela así á mí, me diese las enfermedades que fuese servido... Me oyó en esto Su Magestad que antes de dos años estaba tal, que aunque no el mal de aquella suerte, creo no fué menos penoso y trabajoso el que tres años tuve como ahora diré.»

Lo que la Santa no dice es que ella misma fué la que cuidó á esta enferma con amor y ternura, besándole las manos, comiendo con ella, bebiendo del mismo vaso que ella y repitiéndole que en vez de darle asco su enfermedad tenía mucho gusto en servirla.

Se vé, pues, que Teresa triunfó de sí misma sobreponiéndose á su natural repugnancia. De este modo pasó el año del noviciado, pura y sin ofender á Dios, según escribe la misma Santa. El 3 de Noviembre de 1534 hizo su profesión solemne ofreciendo al Señor los votos de obediencia, castidad y pobreza con grande ánimo é inmensa alegría de su alma; tenía entonces la Santa diecinueve años y medio. No se crea que Teresa hizo sin dolor este sacrificio irrevocable de su persona, de su cuerpo,

de sus bienes y de su voluntad. Al contrario, le costó muchísimo; pero se ofreció á Dios con admirable fortaleza de su alma y Dios la recompensó pronto inundándola de santas delicias.

¿Y Alfonso de Cepeda, su padre? Era demasiado buen católico para oponerse por mucho tiempo á la voluntad de Dios: apenas su hija hubo entrado en el monasterio cuando él mismo fué lleno de gozo á darle su consentimiento.

En aquel tiempo corría en el convento de la Encarnación una profecía, de que viviría allí una gran Santa llamada Teresa. Nuestra joven novicia decía, riéndose, á otra compañera que llevaba el mismo nombre: «¿Cuál de las dos será santa?»

¡Oh! Santa, llena de valor, iluminad y fortaleced las almas que Dios llama á Sí.

V

Enfermedades y paciencia de Santa Teresa.

LA mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño á la salud, que aunque el contento era mucho, no bastó. Comenzáronme á crecer los desmayos y dióme un mal de corazón tan grandísimo, que ponía espanto á quien lo veía y otros muchos males juntos; y así pasé el primer año con harta mala salud, aunque no me parece ofendí á Dios en él mucho. Y como era el mal tan grave, que casi me privaba del sentido siempre y algunas veces del

todo quedaba sin él, era grande la diligencia que traía mi padre para buscar remedio; y como no lo dieron los médicos de aquí, procuró llevarme á un lugar á donde había mucha fama de que sanaban allí otras enfermedades y así dijeron haría la mía. Fué conmigo esta amiga que he dicho, que tenía en casa que era antigua. En la casa que era monja, no se prometía clausura. Estuve casi un año por allá y los tres meses del padecimiento tan grandísimo tormento en las curas que me hicieron, tan recias, que yo no sé como las pude sufrir. Había de comenzarse la cura en el principio del verano y yo fuí en el principio del invierno (1535): todo este tiempo estuve en casa de la hermana que he dicho, que estaba en la aldea esperando el mes de Abril, porque estaba cerca y no andar yendo y viniendo. Cuando iba me dió aquel tío mío (que tengo dicho que estaba en el camino) un libro, llámase tercer Abecedario, que trata de enseñar oración de recogimiento... Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fué más recia que pedía mi complexión; á los dos meses á poder de medicinas me tenía casi acabada la vida, y el rigor del mal de corazón de que me fuí á curar era mucho más recio, que algunas veces me parecía con dientes agudos me asían dél, tanto, que se temió era rabia. Con la falta grande de virtud (1) y calentura continua, es-

(1) Falta de fuerzas.

taba tan abrasada, que se me comenzaron á encoger los nervios, con dolores tan incomportables, que día ni noche ningún sosiego podía tener y una tristeza muy profunda. Con esta ganancia me tornó á traer mi padre á donde tornaron á verme médicos; todos me deshaucieron, que decían sobre todo este mal estaba ética. Desto se me daba á mi poco; los dolores eran los que me fatigaban porque eran en un ser desde los pies hasta la cabeza; porque de nervios son intolerables, y como todos se encogían, cierto si yo no lo hubiera por mi culpa perdido, era recio tormento. En esta incerti-



dumbre no estaría más de tres meses, que parecía imposible

O padecer ó morir, he aquí su heróica divisa.

poderse sufrir tantos males juntos. Ahora me espanto y tengo por gran merced del Señor la paciencia que Su Magestad me dió, que se veía claro venir dél. Mucho me aprovechó para tenerla haber leído la historia de Job en los Morales de San Gregorio, que parece previno el Señor con esto y con haber comenzado á tener oración, para que yo lo pudiese llevar con tanta conformidad. Todas mis pláticas eran con él. Traía muy ordinario estas palabras de Job en el pensamiento y decíalas: Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males? Esto parece me ponía esfuerzo.

Vino la fiesta de Nuestra Señora de Agosto, que hasta entonces desde Abril había sido el tormento, aunque los tres prosteros meses mayor. Dí priesa á confesarme, que siempre era muy amiga de confesarme á menudo. Pensaron que era miedo de morirme; y por no medar pena mi padre no me dejó. ¡Oh amor de carne demasiado, que aunque sea de tan católico padre y tan avisado que lo era harto, que no fué ignorancia me pudiera hacer gran daño! Dióme aquella noche un parasismo, que me duró estar sin ningún sentido cuatro días poco más ó menos: en esto me dieron el Sacramento de la Unción, y cada hora ó momento pensaban espiraba y no hacían sino decirme el Credo, como si alguna cosa entendiera. Teníame á veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos. La pena de mi

padre era grande de no me haber dejado confesar; clamores y oraciones á Dios muchas; bendito sea El que quiso oírlas; que teniendo día y medio abierta la sepultura en mi monasterio esperando el cuerpo allá y hechas las honras en uno de nuestros frailes fuera de aquí, quiso el Señor que tornase en mí; luego me quise confesar. Comulgué con hartas lágrimas. Porque los dolores eran incomportables con que quedé, el sentido poco, aunque la confesión entera á mi parecer de todo lo que entendí había ofendido á Dios; que esta merced me hizo Su Magestad entre otras, que nunca después que comencé á comulgar dejé cosa por confesar. Es verdad, cierto, que me parece estoy con tan gran espanto llegando aquí y viendo como parece me resucitó el Señor, que estoy casi temblando entre mí. Paréceme fuera bien ¡oh ánima mía! que miraras del peligro que el Señor te había librado, y ya que por amor no le dejabas de ofender, le dejarás por temor, que pudiera otras mil veces matarte en esto lo más peligroso. Sea bendito para siempre: plegue á Su Magestad que antes me consuma que le deje yo más de querer.»

Por la Pascua florida quiso Teresa que la llevaran á su convento de la Encarnación. Estuvo tullida tres años y daba gracias á Dios cuando pudo andar un poco á gatas. Los médicos declararon su parálisis incurable.

«Todos los pasé, prosigue la Santa, con gran conformidad; y si no fué en estos principios con

gran alegría porque todo se me hacía no nada comparado con los dolores y tormentos del principio; estaba muy conforme con la voluntad de Dios, aunque me dejase así siempre.»

Pronto veremos como San José la curó de la parálisis y de la fiebre. Pero Teresa tendrá que sufrir toda su vida y ni casi un momento estará sin dolor. El padecer por su Dios será para ella una verdadera necesidad, su gozo y sus delicias: «O padecer ó morir,» he aquí el lema de su bandera.

¡Oh Virgen Teresa, martir por vuestros dolores sufridos con tanta paciencia, enseñadnos á sufrir por amor de Jesús!

VI

Santa Teresa es curada por San José.

SU DEVOCIÓN Á ESTE GRAN SANTO, Á LA SANTÍSIMA VIRGEN Y AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

PUES como me ví tan tullida y en tan poca edad y cual me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir á los del cielo para que me sanasen: y comencé á hacer devociones de misas, y cosas muy aprobadas de oraciones que nunca fuí amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con ceremonias que yo no podía sufrir, y á ellas les hacía devoción, y tomé por abogado y Señor al glorioso San José y encomendeme mucho á él: ví claro que así desta

necesidad como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío me



sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio deste bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado así de cuerpo como de alma; que á otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, á este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas y que quiere el Señor darnos á entender que así como lo fué sujeto en

El no dejar la oración fué el remedio de mis males.

la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, á quien yo decía se encomendasen á él, también por experiencia; ya hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía... Quería yo persuadir á todos fuesen devotos deste glorioso Santo por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios que no la vea más aprovechada en la virtud: porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan. Paréceme há algunos años que cada año en su día le pido una cosa y siempre la veo cumplida; si va algo torcida la petición, él la endereza para más bien mio. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo á mí y á otras personas... Solo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me creyere y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso patriarca y tenerle devoción; en especial personas de oración siempre le habian de ser aficionadas. Que no sé como se puede pensar en la Reina de los ángeles en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias á San José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no halláre maestro que le enseñe

oración tome este glorioso Santo por maestro y no errará en el camino.»

Nuestro Señor y la Virgen revelaron en varias ocasiones á la Santa cuan agradable les era la devoción que tenía á S. José. A este Santo le fueron dedicados casi todos los conventos que fundó Santa Teresa; y en fin sus ejemplos y sus escritos han contribuido mucho á propagar en toda la Iglesia el culto de San José y aumentarlo en la Orden del Cármen donde existía ya desde tiempo inmemorial. No hay duda



Ví un angel que con un dardo atravesaba mi corazón.

que nuestra Santa profesaba todavía mayor devoción á la augusta Madre de Dios. Ya hemos visto con qué afecto se consagró á la madre del cielo después que perdió su madre de abajo. Si entró en la orden carmelitana fué porque está dedicada al culto de la Virgen del Carmen; y cuando estableció la reforma de la Orden fue por prestar algún servicio á esta soberana Señora. El mismo Señor le dió las gracias por haber reformado la orden de su Madre y esta divina Madre hizo á su santa hija favores tan señalados que sería largo de contar en esta breve noticia.

¿Y qué diremos de su devoción al Santísimo Sacramento? Según los biógrafos de su vida fué admirable. Su fe viva le mostraba á Jesucristo tan presente en la hostia como si le viera con los ojos corporales y le hacía decir no tener envidia á los que habían vivido con Nuestro Señor. Grande era su alegría en poderle dar una nueva morada edificando conventos é iglesias sobre todo en el tiempo en que los herejes los destruían y lloraba mucho las profanaciones de los santuarios y tabernáculos. Respecto al culto del Santísimo quería que los altares, los ornamentos sagrados, los corporales estuvieran limpios, aseados y hasta perfumados y que fueran de lo mejor. Comulgaba todos los días por mandado de sus confesores con un amor tiernísimo y profundo reconocimiento. La mayor parte de los favores que le hizo Dios fueron después de la comunión. Decía que los instan-

tes después de haber recibido al Señor eran preciosos, que entonces era tiempo de negociar con Dios y que un buen rato se debe estar recogido sin pensar ni hacer otra cosa. De esta devoción al Santísimo nacía su gran respeto á los ministros del Señor siguiendo la costumbre de aquellos tiempos cuando encontraba á algún sacerdote se ponía de rodillas para besarle la mano y pedirle la bendición, aunque fuera en las plazas y calles públicas.

¡Oh Teresa ayudadnos á honrar y amar á Jesus, María y José!

VII

Santa Teresa y la Oración.

GRAN cosa fué haberme hecho la merced en la Oración que me había hecho, que esta me hacía entender qué cosa era amarle; porque de aquel poco tiempo ví nuevas en mí estas virtudes aunque no fuertes, pues no bastaron á sustentarme en justicia. No tratar mal de nadie por poco que fuese, sino lo ordinario era excusar toda murmuración; porque traía muy delante como no había de querer ni decir de otra persona lo que no quería dijese de mí: tomaba esto en harto extremo, para las ocasiones que había... y así á las que estaban conmigo y me trataban persuadía tanto á esto, que se quedaron en costumbre. Vínose á entender que donde yo estaba tenían seguras las espaldas... Quédome deseo de soledad amiga de tra-

tar y hablar en Dios: que si yo hallara con quien más contento y recreación me daba que toda la pulicía ó grosería (por mejor decir) de la conversación del mundo; comulgar y confesar muy más á menudo y desearlo; amiguísima de leer buenos libros; un grandísimo arrepentimiento de las faltas que cometía... Todas estas señales de temer á Dios me vinieron con la oración, y la mayor era ir envuelto en amor porque no se me ponía delante el castigo.»

Por desgracia en aquel convento las religiosas tenían mucha facilidad para recibir seglares y salir afuera. Advierte la Santa, cómo para muchas religiosas un monasterio de esta clase es camino del infierno; por eso la veremos inspirada por Dios poner remedio á tales peligros; mas entre tanto se vió obligada por espacio de veinte años á conversar con gentes del mundo y aunque estas conversaciones eran de Dios la hicieron caer en muchas imperfecciones, que con el tiempo, según ella confiesa la hubieran causado su condenación; perdió el gusto á la oración y el demonio, so pretexto de falsa humildad la persuadió á que dejara la oración por ser demasiado imperfecta para hablar con Dios en la oración.

«No fué solo á mi padre sino á otras algunas personas las que procuré tuviesen oración. Aun andando yo en estas vanidades como las veía amigas de rezar las decía como tenían meditación y les aprovechaba y dábales libros, porque este deseo de que otras sirviesen á Dios,

desde que comencé oración le tenía... Digo esto para que se vea la gran ceguedad en que estaba, que me dejaba perder á mí y procuraba ganar á otros. En este tiempo dió á mi padre la enfermedad de que murió que duró algunos dias. Fué cosa para alabar al Señor la muerte que murió y la gana que tenía de morirse... Decía su confesor que era dominico muy gran letrado que no dudaba de que se iba derecho al cielo. Este padre dominico me hizo harto provecho porque me confesé con él y tomó hacer bien á mi alma con cuidado y hacerme entender la perdición que traía. Dijome que no dejase la oración que en ninguna manera me podía hacer sino provecho. Comencé á tornar á ella y nunca más la dejé. Pasaba una vida trabajo sísima, porque en la oración entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios, por otra yo seguía al mundo. Parece que quería concertar estos dos contrarios, tan enemigos uno del otro, como es vida espiritual y contentos y gustos y pasatiempos sensuales. En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor sino esclavo... Pasé así muchos años que ahora me espanto: que sujeto bastó á sufrir que no dejase lo uno á lo otro; bien se que dejar la oración no era ya en mi mano porque me tenía con las tuyas el que me quería para hacerme mayores mercedes.»

No hay cosa tan recomendada en los escritos de Santa Teresa como la oración, sea mental ó vocal. Afirma que el alma que no tiene

oración no tiene necesidad de que los demonios la lleven al infierno, ella misma se va: y que si persevera en la oración, Dios la conducirá al puerto seguro de la salvación. Esto mismo dijo más tarde San Alfonso de Liguorio: «El que ora se salva, el que no ora se condena.»

Por oración vocal entiende la Santa, la que se hace atendiendo á Dios ó á lo que se dice; pues rezar con la imaginación distraída voluntariamente sin pensar lo que se habla y con quien se habla no se puede llamar oración.

Convida á todos los que no tienen oración á



que la prueben porque
allí los espera el Señor

Nuestro Señor me mandó hacer un monasterio de la reforma.

para hacerles grandes mercedes y regalos. No comprende como todo el mundo no desea tratar con Dios. Suplica á que no la dejen por ningún pretexto de pecados aunque sean graves, imperfecciones, sequedades ni tentaciones.

Hacer oración mental, según ella, es pensar en quién es Dios y quién nosotros, en nuestras obligaciones, en la muerte, juicio, infierno, gloria ó acompañar á Jesus en cualquier paso de su vida, pasión y muerte, considerando los trabajos que padeció y de la manera con que padeció por nuestro amor. Recomienda no contentarse con meras reflexiones del entendimiento sino despertar en la voluntad fervorosos afectos, firmes resoluciones, propósitos y peticiones. Para ayudar á la atención aconseja traer muy presente la Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo cerca ó dentro de nosotros para lo cual puede servir alguna imagen suya. A los principios servirá mucho valerse de un buen libro de meditación donde se leerá un poco cerrándolo luego, etc. La oración es, añáde ella, el camino real que siguieron todos los santos y escogidos.

¡Oh Teresa, maestra perfecta de la oración enséñanos á orar!

VIII

La transverberación y la visión del infierno.

Nos falta espacio para contar todas las maravillas que el Señor obró en Santa Teresa por medio de la oración. Las de la *trans-*

verberación y visión del infierno se refieren á los años 1559 y 1560. La Santa tenía cuarenta y cuatro.



«Quiso el Señor, dice ella, que viese aquí algunas veces esta visión, veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal... no era grande sino pequeño, hermoso mucho. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba á las entrañas, al sacarle me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios.» (1) Obligada por este incendio del amor divino Teresa hizo con el permiso de su confesor el voto heróico de hacer siempre lo que creía más perfecto y agradable á Dios.

He aquí ahora la relación de su terrible visión del infierno. «Estando un día en oración me hallé en un punto sin saber cómo, que me parecía metida en un infierno... Parecíame la entrada á manera de un callejón muy largo y

Corazón de Santa Teresa que se guarda en Alba de Tórmes.

(1) En el corazón de Santa Teresa conservado milagrosamente en Alba de Tórmes se ve todavía la herida causada por el Serafín, tan larga y profunda que casi le divide en dos partes.

estrecho, á manera de horno muy bajo y obscuro y angosto; el suelo me parecía de un agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor y



muchas sabandijas malas en él; al cabo estaba una concavidad metida en una pared á manera de una alacena, á donde me ví meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso á la vista en comparación de lo que allí sentí; esto que he dicho va mal encarecido... Sentí un fuego en el alma que yo no puedo entender como poder decir de la manera que es, los dolores corporales tan inoportables que con haberlos pasado en esta vida gravísimos y, según dicen los médicos, los mayores que se pueden acá pasar;

Yo soy Teresa de Jesus.—Yo Jesus de Teresa.

porque fué un encogerseme todos los nervios cuando me tullí sin otros muchos de muchas maneras que he tenido y aun algunos causados del demonio, no es todo nada en comparación del agonizar del alma: (1) un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible y con tan desesperado y afligido descontento que yo no se cómo lo encarecer, porque decir que es



un estarse siempre arrancando el alma es poco, porque ahí parece que otro os acaba la vida, mas aquí el alma misma es la que se despe-

San Juan de la Cruz que inauguró el primer convento de Duruelo.

(1) San Agustín había dicho que el fuego de este mundo era como pintado en comparación del que atormenta á los condenados.

daza. El caso es que yo no sé como encarezca aquel fuego interior y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No veía yo quien me los daba, más sentíame quemar y desmenuzar, y digo que aquel fuego y desesperación interior es lo peor. Estando en tan pestilencial lugar tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse, ni hay lugar aunque me pusieron en este como agujero hecho en la pared, porque estas paredes, que son espantosas á la vista, apretan ellas mismas y todo ahoga, no hay luz sino todo tinieblas escurísimas. Yo no entiendo como puede ser esto que con no haber luz lo que á la vista ha de dar pena todo se ve. No quiso el Señor entonces viese más que todo el infierno, después he visto otra visión de cosas espantosas, de algunos vicios el castigo, cuanto á la vista muy más espantosas me parecieron; mas como no sentía la pena no me hicieron tan temor que en esta visión quiso el Señor que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos, aflicción en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo... No es nada oírlo decir, ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos, ni que los demonios atenazan, ni otros diferentes tormentos que he leído no es nada con esta pena, porque es otra cosa; en fin, como de dibujo á la verdad. Yo quedé tan espantada y aun lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es así que me parece el calor natural me falta de temor... Después acá,

todo me parece fácil en comparación de un momento que se haya de sufrir lo que yo en él allí padecí... De aquí también gané la grandísima pena que me da, las muchas almas que se condenan y los ímpetus grandes de aprovechar almas que me parece cierto á mí que por librar una sola de tan grandísimos tormentos pasaría yo muchas muertes muy de buena gana...

Esto también me hace desear que en cosa que tanto importa no nos contentemos con menos de hacer todo lo que pudiéremos de nuestra parte, no dejemos nada, y plega al Señor sea servido de darnos su gracia para ello... es cosa peligrosa contentarnos ni traer sosiego ni contento el alma que anda cayendo á cada paso en pecado mortal, sino que por amor de Dios nos quitemos de las ocasiones, que el Señor nos ayudará. Plega á Su Magestad que no me deje de su mano para que yo torne á caer, que ya tengo visto á donde he de ir á parar, no lo permita el Señor por quien Su Magestad es. Amen.»

IX

Santa Teresa funda el convento San José.

Como fruto de esta misteriosa visión y de otras no menos notables sobre la felicidad de los escogidos y la desventura de los réprobos, Teresa se sintió animada de dos grandes deseos: salvar las almas y asegurar la suya. ¿Y cómo llegar á la realización de este

doble fin? Observando su regla lo más perfectamente que pudiera, y ofreciendo á Dios muchas oraciones y penitencias por la conversión de los pecadores y de los herejes. Viendo que esto le era imposible en aquel monasterio, pues en él se guardaba la regla mitigada por el Papa



Eugenio IV, y aunque habia muchas religiosas fervorosas que servían á Dios con mucho espíritu, sin embargo ella se encuentra con demasiadas comodidades, poca oración y mucho trato con el mundo, y aspiraba vivir en un convento donde se observara la regla primitiva del Carmen con sus rigurosos ayunos, su

Primer monasterio de San José de Avila. Estatuas de San José y el Niño Jesús.

abstinencia perpetua y su clausura más severa. Tal es el pensamiento de Teresa.

En la tarde del 16 de Julio de 1560, fiesta de Nuestra Señora del Carmen, en que había mucho concurso de gente en el monasterio, algunas amigas de la Santa, parte religiosas y parte parientas, se hallaban reunidas en su celda. Se hablaba de la dificultad de hacer vida recogida en comunidad tan numerosa y al punto salió Doña María Ocampo, sobrina de la Santa, que más tarde fué carmelita descalza con el nombre de María Bautista y dijo: «Pues vámonos las que estamos aquí á otra manera de vida más solitaria, como ermitañas y para ello doy mil ducados de mi legítima.» Ésto agradó mucho á todas y sobre todo á la Santa Madre. Yo, como andaba con estos deseos, escribe ella, comencélo á tratar con aquella Señora, mi compañera viuda, que tenía el mismo deseo: ella comenzó á dar trazas para darle renta, que ahora veo yo que no llevaban mucho camino y el deseo que dello teníamos nos hacía parecer que sí. Con todo concertamos de encomendarlo mucho á Dios.

«Habiendo un día comulgado, mandome mucho Su Magestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio y que se serviría mucho en él y que se llamase San José, y que á la una puerta nos guardaría El y Nuestra Señora á la otra y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de

si gran resplandor. Que dijese á mi confesor esto que mandaba.» Teresa consultó no solamente con su confesor, sino con el Padre Provincial; con San Pedro de Alcántara, franciscano; con San Luis Beltrán, dominico; con San Francisco de Borja, jesuíta, y otros eminentes teólogos y grandes siervos de Dios. Todos ellos aprobaron su proyecto animándola á seguir adelante. «Apenas se hubo comenzado á saber por el lugar cuando no se podía escribir en breve la gran persecución que vino sobre nosotras, los dichos, las risas, el decir que era disparate, á mí que me bien me estaba en mi monasterio, á la mi compañera tanta persecución que la traían fatigada. Yo no sabía que me hacer. Estando así muy fatigada encomendándome á Dios, comenzó Su Magestad á consolarme y animarme, díjome que aquí vería lo que habían pasado los santos que habían fundado las religiones, que muchas más persecuciones tenía por pasar de las que yo podía pensar, que no se nos diese nada.» Una vez estando en una necesidad se le apareció su padre San José y le dijo que nada le faltaría, y pareciéndole pequeña la casa que había comprado para convento, le dijo el Señor: «Ya te he dicho que entres como pudieres.» También se le apareció la Virgen agradeciéndole lo que hacía en honor de su esposo San José.

Después de dos años de grandes trabajos y revueltas y autorizada por un Breve de Su Santidad pudo entrar la Santa Madre en

este humilde Nazareth con cuatro pobres huérfanas.



Apenas se supo en la ciudad la fundación del nuevo convento de San José, cuando furioso el demonio levantó una nueva tempestad contra él. Cual si encarnizados enemigos asediaran la ciudad, no se hablaba en las plazas y calles sino de la temeridad de la Madre Teresa. Se reunieron en una junta las autoridades y gente principal de la población y de las órdenes religiosas y determinaron deshacer la fundación; pero Dios no permitió que se cumpliesen sus decisiones. Jesus, María y José ve-

El celebre monasterio del Monte Carmelo restaurado en 1827.

laron por esta cuna de la gran reforma carmelitana como se lo habían prometido á la Santa.

¡Oh! gran Santa, enciende en nuestros corazones un celo tan ardiente por la salvación de las almas que no le puedan apagar las aguas de las contradicciones.

X

La grande obra de Santa Teresa.

EL 24 de Agosto de 1562 se fundó el primer convento de la Reforma del Carmen. Se observaba la regla primitiva, dada por San Alberto, patriarca de Jerusalem, á la que añadió Santa Teresa sabias constituciones.

Para entrar en el convento de San José de Avila se descalzó, quitando los zapatos y poniendo las alpargatas, especie de sandalias con cuerdas que usaba la gente pobre de Castilla. También cambió el nombre de Teresa de Ahumada por el de Teresa de Jesus, para demostrar con ello que desde entonces se entregaba á El toda entera sin reserva; y que su salud, su prosperidad y su vida toda se emplearía en mirar por los intereses y gloria de Jesus. En cambio Jesus se encargó de mirar por la obra y el honor de su esposa. Una deliciosa tradición ha simbolizado esta perfecta donación de Teresa á Jesus y de Jesus á Teresa. Se cuenta, en efecto, que pasando la Santa por un claustro del convento encontró á un hermoso niño en la escalera y preguntándole

la Santa sorprendida de dónde había venido y cómo se llamaba, contestó el niño con dulzura: ¿Y tú cómo te llamas? Respondió la Santa: Yo Teresa de Jesus; pues, yo, Jesus de Teresa, concluyó el Niño y desapareció.

Santa Teresa no había pensado sino en fundar el convento de San José de Avila, pero los designios de Dios eran más vastos. En 1567 el padre General de los carmelitas le autorizó para fundar otros conventos de monjas, y pronto extendió su permiso para conventos de frailes. Por consejo y según las instrucciones de la Santa inauguró San Juan de la Cruz en Duruelo el primer convento de Carmelitas descalzos con una pobreza extremada. A este Santo, después de Santa Teresa, le cabe la honra de haber establecido la Reforma Carmelitana para hombres. Él formó el espíritu de los primeros religiosos por espacio de veintitres años con su ejemplo, sus lecciones y sus oraciones. Él también como la Santa, se elevó á una sublime perfección dejando admirables escritos para la dirección de las almas, y fué siempre el sostén, consuelo y guía de sus hijos. El fin de los carmelitas descalzos, como el de las carmelitas descalzas es la salvación de las almas; lo cual procuran cumplir principalmente por la oración y la penitencia; y en segundo lugar por la predicación, confesonario y demás trabajos del ministerio.

Cincuenta y dos años contaba Santa Teresa cuando respondiendo al llamamiento de Dios empezó á recorrer toda España para fundar

monasterios semejantes al de San José de Avila. *A la edad en que otros reposan, esta mujer valerosa se abraza con toda suerte de fatigas á pesar de sus muchas enfermedades.* En diez y seis años atravesó el reyno en diferentes direcciones, poniéndose en camino con fríos, nieves, lluvias y calores insoportables, llevada en malos



carros y muchas veces por caminos peligrosísimos y con calenturas que no la dejaban descansar. Y en estas fundaciones ¡que contratiempos! ¡que sin sabores! que en-

En diez y seis años Santa Teresa hizo muchos viajes en carros para fundar conventos.

carnizadas persecuciones! porque Dios acostumbra que sus obras no se realicen sino á costa de muchas cruces.

A su muerte dejaba treinta conventos de su reforma; diez y seis de monjas y catorce de religiosos. Nueve años más tarde (1591) cuando murió San Juan de la Cruz había ya setenta y nueve. Cuando la venerable M. Ana de Jesús, compañera de Santa Teresa murió en Bruselas (1621) existían conventos de la Reforma en la mayor parte de los estados de Europa, en Méjico, en Persia, en las Indias Orientales, etc. El celebre convento del Monte Carmelo en Siria, después de trescientos cuarenta años de ruinas y de soledad fué restablecido por los carmelitas descalzos en 1632. Ultimamente en 1827 se ha edificado por los mismos un magnífico convento.

Después de tres siglos de existencia la obra de la gran Reformadora permanece en pié llena de vida exuberante, á pesar de todas las revoluciones. En España existen actualmente cerca de treinta conventos divididos en tres provincias de la orden. Las austeridades que se practican en esta orden no son sobre las fuerzas humanas; pues aun con salud delicada, como dice la santa amaestrada por la experiencia, se pueden llevar alegremente si hay ánimo y verdadero espíritu interior. También ella, aunque siempre enferma, observó sus leyes con toda exactitud hasta su feliz tránsito acaecido en 1582.

¡Oh! Santa admirable, ruega por nosotros para que á tu imitación sepamos sacrificar el cuerpo y el alma por amor de Dios y la honra de Nuestro Señor Jesucristo.



XI

Muerte de Santa Teresa.

CONCLUIDA la fundación de Burgos que le costó más trabajos que ninguna otra, partió Santa Teresa de Burgos con intención de ir directamente á Avila, pero Dios tenía dispuestas de otro modo las cosas, y recibió en Medina la orden del provincial para marchar á Alba. Obediente hasta la muerte se dirigió á la villa

¡Oh, Señor, tiempo es ya de que nos veamos!

ducal á donde llegó el 20 de Septiembre á las seis de la tarde más muerta que viva, teniendo que acostarse enseguida. Sin embargo quiso asistir á los actos de comunidad hasta el día 29 en que se rindió postrándose en la cama para no levantarse ya. El día 2 de Octubre pidió que la confesaran y el 3 se le dió el viático. Antes de recibirlo volviéndose á las religiosas les dijo: «Perdónenme el mal ejemplo que les he dado y no aprendan de mí que soy la que peor he guardado las reglas; pídoles por amor de Dios que las guarden con perfección y obedezcan á sus superiores.»

Cuando vió entrar en la celda al Señor á quien tanto amaba, se levantó en la cama sin ayuda de nadie y con grande alegría y rostro hermoso y encendido comenzó aquel blanquísimo cisne á cantar con más dulzura que nunca: ¡Oh Señor y esposo mio! decía, ya es llegada la hora deseada, tiempo es ya de que nos veamos. Ya es tiempo de caminar; sea muy enhorabuena y cúmplase vuestra Voluntad santísima. Ya es llegada la hora en que yo salga de este destierro y mi alma goce en uno con Vos de lo que tanto ha deseado.» Repetía muchas veces con alegría estas palabras: «En fin, Señor, muero hija de la Iglesia católica,» y estas otras del salmo *Miserere: Cor contritum et humiliatum Deus non despicias. Ne projicias me a facie tua.* Así pasó la noche. El día 4 á las siete de la mañana, se echó de un lado con un crucifijo en la mano y se puso en dulcísima oración y profun-

do recogimiento permaneciendo catorce horas en este estado, al cabo de las cuales espiró dulcemente, más por la violencia del amor que por efecto de su enfermedad.

Su cuerpo está incorrupto despidiendo un perfume agradable. Teresa de Jesús fué colocada en el catálogo de los bienaventurados en 1614, y nueve años más tarde en el número de los Santos. Sus inmortales escritos son la admiración de todo el mundo.

¡Oh! gran Santa, suscita muchas almas de oración que día y noche eleven sus puras y suplicantes manos al Señor sobre la montaña mística del Carmelo y obtengan la victoria á los que pelean en la llanura por la causa de Dios y de su Iglesia.

XII

El poder de Santa Teresa en la presencia de Dios.

Si la España, Francia y Bélgica se preservaron del naufragio de la herejía protestante, se debe en gran parte á la intercesión de Santa Teresa y á su reforma que se estableció en estos países desde su principio ó poco después.

Según una respetable tradición, la Santa convirtió con sus oraciones tantas almas como San Francisco Javier con sus predicaciones apostólicas. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es, que, lo que movió á Santa Teresa á establecer la reforma carmelitana, fué contener,

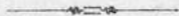
por medio de la oración y penitencia, los estragos que causaba la herejía y rogar por los predicadores y defensores de la Iglesia Católica. Por eso, es muy laudable poner bajo su protección las obras de celo y propaganda católica. San Alfonso de Liguorio la eligió por patrona de sus trabajos evangélicos y ya se sabe cuan provechosos fueron. Este santo compuso una preciosa novena llena de unción espiritual en honor de la Santa, la que no podemos menos de recomendar á nuestros lectores.

Luego nuestra Santa es tan dulce, amable y de condición tan agradecida que siempre está dispuesta á ayudarnos en todas nuestras necesidades así espirituales como temporales con tal que no le pidamos nada que se oponga á la mayor gloria de Dios y nuestra salvación. Serían menester muchos volúmenes para referir los milagros que Dios ha obrado por la intercesión de su gloriosa sierva.

¡Oh! mi Dios, gracias te doy por habernos dado la grande, dulce y simpática Santa Teresa de Jesús; y tu, madre querida, seas bendita y alabada por el gran bien que has hecho á las almas y la gran honra que procuraste á Jesucristo, á su Madre Santísima y á San José. Nosotros aunque indignos te pedimos que nos bendigas y nos alcances abundancia de gracia del amante corazón de Nuestro Señor Jesucristo, á quien sea el amor, la alabanza y la gloria por todos los siglos. Amén.

SIETE SENTENCIAS DE SANTA TERESA

Nada te turbe
Nada te espante
Todo se pasa
Dios no se muda
La paciencia todo lo alcanza
Quien á Dios tiene nada le falta,
Solo Dios basta.





NOTAS CURIOSAS

ESTE grabado que está tomado de un cuadro antiguo que se conserva en la ermita de San Pedro de Pastrana, representa el cerro, la ermita de San Pedro y el palomar donde se instalaron primitivamente la iglesia y el convento de los Carmelitas Descalzos y á Juan Jiménez, que profetizó esta fundación delante de muchas personas. Al pie del cuadro se lee la siguiente inscripción:

Juan Jiménez, vecino de Pastrana, varón sencillo, siervo de Dios é ilustrado con el don de profecía, profetizó de la fundación de este convento. Dijo delante de muchos vecinos de la dicha villa que venían en procesión á esta ermita y palomar: «¿Veis este palomar de palomas bravas? Pues tiempo vendrá en que se pueble de palomas mansas.» En confirmación de esto, muchas personas vieron salir varias veces de una cueva de este cerro una procesión de religiosos vestidos de buriel áspero, capas blancas, pies descalzos y velas encendidas en las manos y que dando una vueita por el cerro se recogían en dicho palomar.

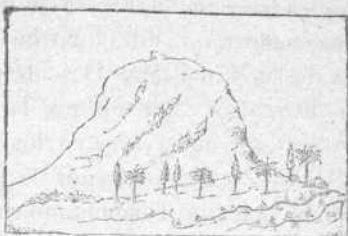


Este grupo representa á Catalina de Tolosa,

fundadora de los Carmelitas de Burgos y sus siete hijos, todos Carmelitas descalzos. Grandes elogios hace Santa Teresa de esta noble y virtuosa señora que dió cinco hijas á los conventos de las Carmelitas Descalzas y dos hijos á los Descalzos. Por último, la misma heroica madre fué á encerrarse en los palomarcitos de la Virgen, levantados por la gran Santa, tomando el hábito carmelitano en el convento de Palencia. En el papel ó lienzo que sostiene con las manos, dice: «Hijos, he visto por esperiencia lo poco que satisface el mundo y los del mundo. Amése, pues, á Dios, que es medio de muchos bienes y remedio de muchos males.» ¡Dichosa madre, que comprendiendo la vanidad de este mundo material, solo descó para sí y para sus hijos la verdadera gloria, nobleza y riquezas del otro! ¡Hermosa lección la que da esta señora á tantos padres que impiden la vocación religiosa de sus hijos! Esta valiente madre se levantará en el día del juicio rodeada de la hermosa aureola de sus hijos para juzgar á esos infelices que poniendo en práctica todos los medios lícitos é ilícitos no descansan hasta arrancar del corazón de sus hijos el germen celestial de la inspiración divina, por la cual Dios como dueño absoluto de las criaturas los esco-

ge para sí. ¡Cuanta ignorancia de la verdadera felicidad!

Estos dos grabaditos están sacados de la pintura mural que se conserva en la portería de las Madres Carmelitas Descalzas de Salamanca. El primero, es un mote alegórico, que representa la Reforma del Carmen y su extensión. Al pie de este grabado se lee lo siguiente:



Floreció la soledad
más su verdura y flor sepa,
que son frutos de esta cepa.

El segundo, simboliza el establecimiento de la Reforma en Francia y los Países Bajos que

se llevó á cabo después de la muerte de la Santa, por eso dice abajo:

Del sepulcro sale un rayo
que á Francia y al mundo entero
sirve de luz y de lucero.

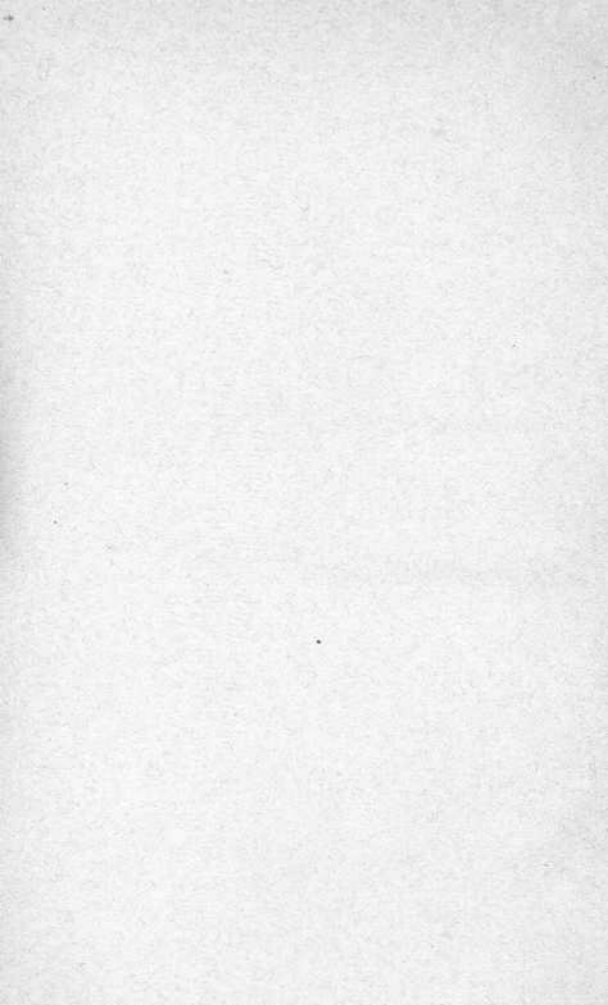
L. D. V. M.

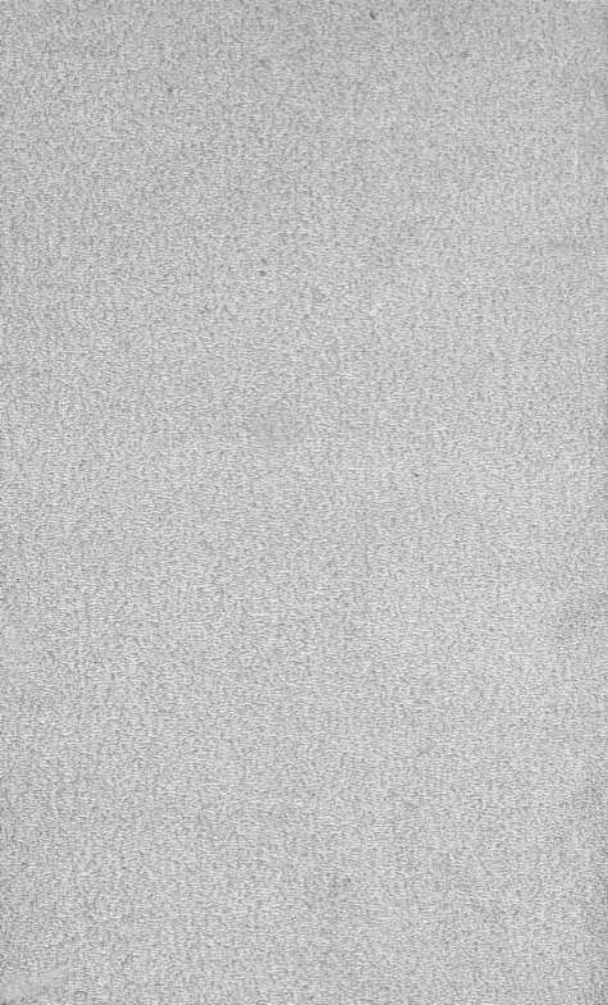
Imprimase.

El Vicario Capitular, S. V.

Isidro Castelo.







MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa
de Jesús.

Número.....	2274	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	117	Precio de adquisición. »
Tabla.....	6	Valoración actual..... »

2
h

